



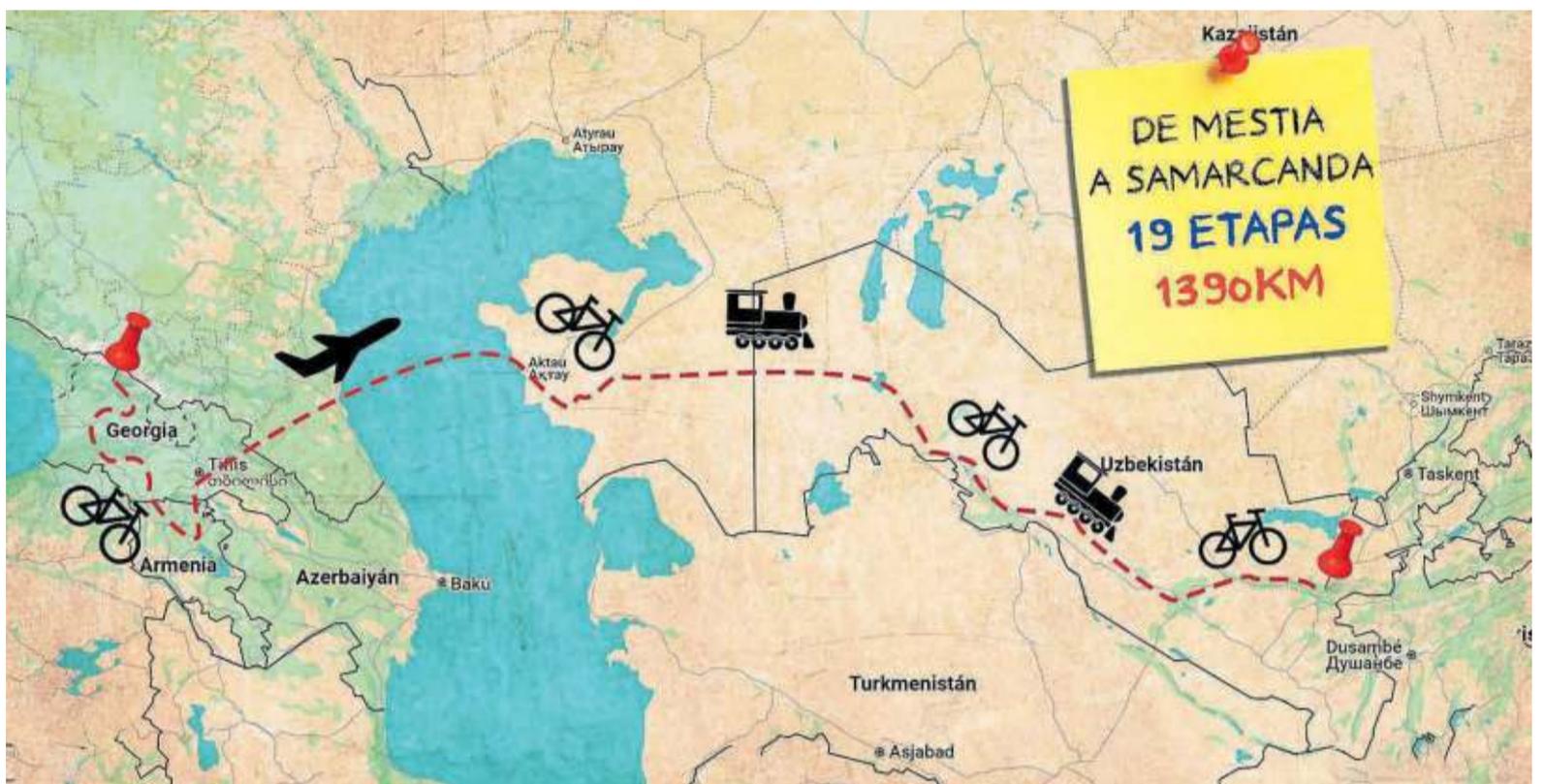
Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

Las montañas del Cáucaso son el escenario para comenzar un mes de etapas hasta Samarcanda. Por delante tenemos un día muy exigente, los temores de temporal se evaporan y el tiempo nos regala la temperatura ideal para afrontar las ascensiones. Vamos al encuentro del río Enguri con el que viajamos desde Zugdidi y que seguiremos valle arriba. La calzada ascendente castigada por inviernos crudos, no da tregua, poco a poco se abre conforme ganamos altitud y nos deja en Usghulli, un pueblo remoto con decenas de torres medievales a los pies del glaciar del monte Shjara, que confieren al lugar un escenario de novela. Superamos el Zagari pass a 2.610msnm y mayor paso hasta la fecha. Las nubes nos privan de un paisaje único, pero el placer de conquistarlo nos lo llevamos valle abajo. Esa noche dormimos en una de las cuatro casas habitadas de Tsana, un pueblo casi abandonado. Una familia humilde nos ofrece dos camas para pasar la noche y compartimos conversación con ellos al calor de una estufa de leña donde cocinan nuestra cena. Su decepción con Europa es evidente y se sienten abandonados, no quieren que borren su identidad, sólo quieren que les dejen en paz.

De camino a Kutaisi conocemos a dos alemanes que viajan en furgoneta desde hace meses. Nuestro viaje les conmueve hasta el punto de dejarnos pintar en una de las puertas el logo de la ong y dejar un mensaje para el mundo. En un viaje tan largo, el mundo se hace pequeño, por un camino estrecho, la ventanilla de una furgoneta se baja y asoman Javier y Ana, un encuentro fortuito que depara en horas de conversación a la sombra de un árbol, nos falta aire para contarnos la vida y tiempo para compartir. Esas horas suponen una batería extra para subir a Bakuriani y afrontar otro paso a 2.500msnm por caminos. En el alto una estación de policía en mitad de la nada nos robará más tiempo del necesario para chequear los pasaportes. Desde la cima, la inmensidad, paisaje seco, campamentos de ganaderos azeríes y armenios que viven como nómadas. Parece otro mundo.

La entrada en Armenia supone el kilómetro 4.000 del viaje. Tenemos la sensación de retroceder en el tiempo, los coches tienen decenas de años, las casas en algunos casos parecen abandonadas, los rostros cargan con el peso del campo y las miradas, aunque amables, son calladas, cercanas a la tristeza. El verde desaparece y el agosto cae de golpe sobre el paisaje secando todo. La primera etapa nos ofrece vientos huracanados, caminos de tierra y un paso que sobre el mapa era un entorno mágico, pero la realidad es una pesadilla de dos horas empujando 50kg de bici que nos deja exhaustos. Esa noche dormimos en los sofás de un colegio



Salto a los stanes, hospitalidad en su máxima esencia

y conversamos con el vigilante sobre un mundo que está enfermo en la región de los derechos humanos. Desde que cruzamos de Turquía las historias de la gente son de guerra, de genocidio, de familias separadas, de hastío. Son cicatrices abiertas, recientes, que merecen ser escuchadas. Nuestra estancia en Armenia es corta y nos arriesgamos a no sacar dinero, ya que llevamos provisiones y la idea es acampar. En una de las etapas hablamos de tomar café, en ese momento un señor nos hace señas desde el otro lado de la calle, “¿cofi?”, nos lee la mente. Le decimos que no tenemos dinero, no le importa. Bajo un toldo rojo, cara curtida, dos cejas con personalidad, un cigarrillo en la boca y una sonrisa sincera, nos prepara al modo turco dos cafés y nos saca sandía y galletas. Compartimos con él, Bartanak, un momento de silencio por la barrera idiomática, pero lleno de significado.

Antes de salir de Armenia dormimos en un pueblo fronterizo, Voskepar, dos jóvenes locales nos muestran un lugar para acampar. Decenas de chicos, ninguna chica, saltan a unas pozas naturales, su vitalidad es demasiado sonora y necesitamos descanso, nos alejamos a un lugar más tranquilo donde no sabemos por qué, no hay nadie. El motivo es que es suelo

EL APUNTE

HISTORIA

●●● En esta etapa hemos pisado el Mar Caspio que ha reducido su superficie en tres metros desde los años 90 con consecuencias ecológicas. Pero el desastre irreparable se ha producido en el Mar de Aral. Situado entre Kazajistán y Uzbekistán. Fue el cuarto lago más grande del mundo hasta mediados del siglo XX. Durante la Unión Soviética, se desviaron ríos para convertir regiones áridas en campos de algodón. En pocas décadas, el mar se dividió, la salinidad aumentó, lo que destruyó gran parte de la biodiversidad acuática. Las pesquerías colapsaron, afectando gravemente la economía local. La retirada del agua dejó enormes llanuras salinas expuestas. El clima regional se volvió más extremo, con inviernos más fríos y veranos más calurosos. El viento esparce sales y químicos tóxicos usados en la agricultura, dañando la salud humana. Pueblos que antes estaban en la costa quedaron a kilómetros del agua. Este desastre ambiental es uno de los más graves provocados por el ser humano. Se han hecho proyectos para recuperar parcialmente el norte del mar, pero no resuelven el problema global. El caso del mar de Aral es ejemplo de los riesgos de una mala gestión de recursos hídricos y del que debemos aprender.

azerbaiyano y lo descubrimos al tratar de ubicarnos en el mapa para preparar la etapa. Con lo que al día siguiente pisamos tres países para regresar a Georgia. Durante la etapa pasamos por decenas de puestos que

venden tomates, pero la brújula nos detiene en el de Amina, una mujer azerbaiyana que vende frente a su casa. Esa mujer nos adopta en el primer segundo, nos hace pasar a la sombra de su casa y nos ofrece agua

fría, sin opción a negarnos saca dos platos de albóndigas y nos señala los sofás de un cuarto en la planta baja. Pasamos la tarde con ella, la acompañamos a comprar y nos pasea con orgullo por el vecindario: “turist, turist”. La forma como nos mira, nos habla y nos cuida es una proyección de nuestras abuelas en la distancia.

Para llegar a Tiflis escogemos un camino de tierra que nos supone mucho esfuerzo pero nos evita circular por una autovía sin arcén. Sudando, empujando la bici por un trazado de piedras y polvo parece que llegaremos a un poblado africano. Desde el alto y ya en asfalto, bajamos a una ciudad cortada por el río Kurá y que desde sus orillas se extiende como una enfermedad por las colinas. Tiflis es monumental, es historia y en ella acaba la etapa Euroasiática. El paso oficial por frontera terrestre a Azerbaiyán está cerrado y nos obliga a sobrevolar el mar Caspio. En la capital, Mariami, una chica alegre, vital y dueña de una tienda de bicis, nos ayuda a empaquetar todo y nos transporta al aeropuerto, su ayuda es fundamental para recibir piezas en su tienda que necesitamos.

Dejar las bicis en un rincón del aeropuerto y confiar que al llegar a Aktau estén ahí, es un salto al abis-